

La geografía del género: sobre visibilidad, identidad y relaciones de poder*

Lia Karsten y Donny Meertens**

Résumé / Abstract / Resumen / Resum

Cet article essaie d'offrir un panorama du développement conceptuel le plus récent de la géographie du genre tout en soulignant les différentes approches théoriques, conceptuelles et méthodologiques. Dans la diversité croissante on peut tout de même y apercevoir certains signes de convergence. On peut ainsi trouver des éléments communs dans le développement des études sur les femmes lesquels, en devenant des études du genre, ont été amenés à définir le genre comme une construction spécifique temporelle-spatiale. Dans le processus continu de cette construction du genre les «femmes-acteur» et les structures sociales définissent dans leur mutuelle influence les lignes de changement.

* * *

This article deals with the state of the art in geographical women's studies. In a short overview we try to highlight the different theoretical approaches, concepts and methods. In the growing diversity we can discover some signs of convergence. Common elements can be found in the development of women's studies into gender studies while defining gender as a time and space specific construction. In the continuing process of gender construction women actors and society structures define in mutual influence the direction of change.

* * *

* Este artículo se escribió con motivo del *Erasmus Intensive Course on Gender and Geography*; una primera versión reducida ha sido publicada en holandés en la revista *Geografisch Tijdschrift*, XXV, I, 1991; traducción al castellano: Donny Meertens.

** Departamento de Geografía, Universidad de Amsterdam.

En este artículo nos proponemos ofrecer un panorama del más reciente desarrollo conceptual de la geografía del género, un área teórica que reviste gran dinamismo y rápida evolución de enfoques y conceptos. Al superarse la primera fase de consolidación, donde reinaba el ambiente pionero, el compromiso con «la causa» y el anhelo de la unidad, se vislumbra ahora una tendencia creciente de diversidad de posiciones. Sin embargo, en medio de ella, encontramos también señales de convergencia en torno al concepto de género. La construcción de género es un proceso social, con especificidad temporal y espacial, cuyos resultados se definen y redefinen con la permanente interacción de mujeres y hombres entre sí y con las estructuras de la sociedad.

* * *

En aquest article ens proposem d'oferir un panorama del més recent desenvolupament conceptual de la geografia del gènere, una àrea teòrica que revesteix un gran dinamisme i una ràpida evolució d'enfocaments i conceptes. En superar-se la primera fase de consolidació, on regnava l'ambient pioner, el compromís amb «la causa» i l'anhel d'unitat, es trasllueix ara una tendència creixent de diversitat de posicions. Tanmateix, hi trobem també senyals de convergència al voltant del concepte de gènere. La construcció de gènere és un procés social, amb especificitat temporal i espacial, els resultats del qual es defineixen i redefixeixen amb la permanent interacció de dones i homes entre si i amb les estructures de la societat.

La pluriformidad es la primera impresión que nos deja la exploración del área de los estudios de la mujer en la geografía. Lo confirman las bibliografías y compilaciones que se refieren a las investigaciones realizadas sobre el tema (Karsten, 1990; Momsen & Townsend, 1987). Los estudios geográficos de la mujer reflejan en ese sentido el estado de cosas de la geografía humana en general, donde la diversidad de temas y enfoques salta a la vista. Pero esta diversidad, cuando se trata de estudios de la mujer, a menudo es considerada señal de debilidad, con el argumento de que el uso de una variedad de teorías, conceptos y metodologías podría afectar la existencia misma de esta nueva rama de las ciencias humanas. En nuestra opinión no existe tal peligro, y para apoyar tal afirmación aportamos los siguientes argumentos.

En primer lugar, pluriformidad no siempre remite al débil desarrollo de una disciplina, sino al contrario: al alcance de un nivel de madurez. La etapa pionera de los estudios de la mujer en geografía se caracterizó por la búsqueda de

una identidad propia y, por consiguiente, se establecieron requerimientos conceptuales y metodológicos precisos para la práctica investigadora. Éstos han sido útiles y necesarios para el arranque de una nueva disciplina, pero una vez superada esa etapa, lo que antaño había sido fuente de inspiración, ahora se ha convertido en camisa de fuerza. Y la nueva inspiración —¡que sí la hay!— se encuentra más bien en el diálogo sobre los diferentes enfoques con los cuales el tema del género pueda ser abordado en la investigación geográfica.

En segundo lugar detectamos en medio de la diversidad una serie de elementos comunes, una búsqueda compartida de nuevos instrumentos de análisis que se desarrollan en torno a ciertos ejes de conceptualización.

Se trata, entonces, de señales de convergencia. La cuestión estriba en cómo denominarla. Veamos rápidamente los hitos de la geografía del género durante los últimos años. El primer elemento que nos unía era el anhelo de «hacer visible» a la mujer, sus roles, sus trabajos, sus experiencias; es decir, documentarla en toda su diversidad. Es cierto que durante los últimos diez años se ha conocido mucho más sobre la vida y las experiencias de mujeres en todas partes del mundo (Saeger & Olson, 1986), sin embargo, este primer paso de la geografía feminista sigue siendo un elemento esencial de investigación: siempre se requiere la colección y descripción de muchos datos elementales (Maas-Drooglever Fortuyn, 1984). ¿Cómo vamos a analizar las percepciones, experiencias y estrategias de las mujeres si no hemos identificado previamente sus espacios, sus «mundos».

Si bien es un paso necesario, no se puede quedar a ese nivel de mera documentación. Durante los últimos años, afortunadamente, se presentan cada vez más investigaciones cuyos datos son discriminados sistemáticamente en función del sexo o cuyos análisis prestan atención a las diferencias entre hombres y mujeres. Pero este hecho, que indudablemente merece ser calificado como una primera conquista del feminismo, por otro lado se convierte fácilmente en arma contra la existencia misma de una disciplina propia. Si hoy en día el investigador que se respete incluye diferencias de sexo, ¿para qué necesitamos todavía unos Estudios de la Mujer específicos, independientes? La respuesta, obviamente, radica en la búsqueda de un enfoque nuevo, más allá de la documentación, que se preste para analizar en términos de género lo que primero se había hecho visible. La capacidad de ir «más allá» será la prueba de una identidad propia de la geografía feminista.

El primer elemento de convergencia de hoy es precisamente la convicción de que es necesario superar el nivel de documentación en la geografía de la mujer, sin desechar sus aportes iniciales. Cada investigadora, sin embargo, aborda el tema a su manera. A continuación intentaremos agrupar la diversi-

dad en torno a unos ejes centrales, e identificar el elemento común de todos ellos con el nombre de estudios de género.

«TRABAJO» O LA EVOLUCIÓN DE UN CONCEPTO

El trabajo es simultáneamente tema de múltiples investigaciones en la geografía feminista y concepto fundamental con que se ha buscado esclarecer los orígenes de la subordinación femenina. La contextualización del trabajo femenino en sus distintos entornos sociales y culturales, así como el acceso de la mujer al mercado de trabajo, pertenecen ya al viejo temario de nuestra joven disciplina. Igualmente, «trabajo», «división de trabajo» y sus implicaciones espaciales representan conceptos ineludibles a todos los niveles de análisis, desde los oficios domésticos hasta la internacionalización de las relaciones de producción. En estos estudios se parte generalmente de una relación más o menos directa entre el trabajo femenino y la subordinación como fenómeno social. El famoso debate sobre el «trabajo doméstico» (Oakley, 1974, entre otros) que sacó a la luz pública la subvaloración de la cotidiana, no remunerada, labor femenina, también hizo eco en la geografía. El trabajo femenino es uno de los elementos más concretos para ilustrar las nociones abstractas de rol de género y relaciones de género (Women and Geography Study Group, 1984; Momsen and Townsend, 1987; García Ramón y Cànoves, 1988). Rol de género remite al conjunto de actividades, actitudes, normas y valores socialmente asignados a uno de los dos sexos (géneros). Relaciones de género remiten a las relaciones de poder entre hombres y mujeres.

La relación entre trabajo productivo y trabajo reproductivo se ha convertido en tema central de Estudios de la Mujer, tanto en las corrientes liberales como entre las radicales o socialistas. Las corrientes liberales reivindican el derecho de «alcanzar» al hombre en su conquista del mercado laboral, postulando casi automáticamente que una mejor posición socio-laboral de la mujer se reflejaría en una más justa repartición de las tareas domésticas. Las feministas radicales buscan el origen de la subordinación femenina en el control masculino sobre su trabajo; liberarse de esa dominación comportaría una nueva valoración de su propia, femenina, potencialidad laboral. Y para las feministas socialistas el problema de la subordinación femenina radica en última instancia en las relaciones de producción capitalistas cuya reproducción es asegurada por el trabajo femenino; para alcanzar la completa liberación femenina se requiere articular la lucha de género con la lucha de clase (Foord & Gregson, 1986; McDowell, 1986; Benería & Sen, 1981).

Al señalar trabajo como eje conceptual y temático común, la geografía feminista corre el riesgo de ser tildada de «sesgada» hacia la esfera económica. Creemos que esa crítica no es justa si el argumento se basa únicamente en la importancia con que revestimos el concepto de trabajo. El problema no radica en el concepto como tal, sino en el enfoque unidimensional con el cual a veces se desarrolla el análisis: eso es, en el peligro del reduccionismo económico. Participación de la mujer en trabajo productivo, o más limitada aún, en trabajo remunerado, no es el único factor determinante de la condición femenina.

Inicialmente, muchos teóricos, incluso de tendencias científicas tan distintas como los defensores de la modernización y los neomarxistas, vieron en la incorporación de la mujer al trabajo asalariado un primer paso hacia otros cambios en las relaciones sociales. Los neoliberales esperaban efectos positivos sobre la fertilidad y los neomarxistas consideraban que la mercantilización de las relaciones sociales llevaría a la corrosión de las jerarquías tradicionales, de las dependencias personales y de la subordinación de género. La realidad, sin embargo, resultó ser mucho más compleja. La participación en el trabajo remunerado arroja resultados muy controvertidos para la liberación femenina. Basta mirar las experiencias de las mujeres en la Europa del Este o los efectos contradictorios de la comercialización de la agricultura para las mujeres del Tercer Mundo. No hay una relación causal automática entre división de trabajo en función del género y subordinación femenina: los roles que mujeres y hombres desempeñan en la sociedad no corresponden sólo al principio de género, sino también a otros principios estructurados de la sociedad, como clase y etnicidad, y éstos a su vez son matizados por las construcciones ideológicas de la feminidad y la masculinidad.

Las nuevas investigaciones en la geografía feminista se centran por ello en la relación entre el trabajo productivo y reproductivo y en las relaciones de poder en el interior de la unidad doméstica. La atención se desliza entonces hacia el análisis de los procesos de toma de decisiones; se introducen elementos dinámicos con el concepto de «ciclo de vida» de la familia; se resalta la interacción entre percepción y realidad de los roles de género, tanto en el ámbito familiar como en el ámbito productivo (García Ramón, 1988; Stolcke, 1986; Wilson, 1985).

Otro problema asociado con el reduccionismo económico es la tendencia de resaltar los procesos macroeconómicos como variables exógenas a la vida de la mujer, convirtiéndola en víctima de fuerzas lejanas e incontrolables. Los nuevos enfoques intentan superar los niveles absolutos e invariables de victimización, introduciendo otro tipo de preguntas. No sólo nos preguntamos cómo cambiar las estructuras de la sociedad (el enfoque neomarxista),

ni cómo cambiar a las mujeres dándoles más oportunidades de educación (el enfoque neoliberal), sino cómo las mujeres mismas cambian su situación cotidiana, en interacción con las estructuras de la sociedad en su conjunto (Benería & Roldán, 1987). He aquí otro punto de convergencia.

A nosotros, los geógrafos y las geógrafas, nos queda el desafío de analizar las distintas formas del actuar femenino, de cómo responden o resisten con su trabajo las secuelas del desarrollo económico mundial, en medio de una diversidad de contextos regionales. Por un lado vemos que el desarrollo económico nacional es un contexto importante para la participación de la mujer en el mercado de trabajo regional. Por otro lado, estos mismos análisis nos muestran a la mujer como negociadora de condiciones individuales y colectivas, en la casa y en la fábrica (Benería, 1987; García Ramón, 1988; Wilson, 1985). Las mujeres reivindican con acciones colectivas la justa valoración de su capacidad profesional o tratan de influenciar las políticas del capital internacional. Son heroínas de la invasión y desempeñan un papel clave en la consolidación de los barrios populares de las grandes urbes o en la construcción de una nueva vida en la selva tropical (Meertens, 1987 y 1988; Plantenga, 1989; Townsend, 1987). No sólo organizan trabajo, sino también tiempo libre para sí mismas (Karsten, 1990). Sea en el Tercer Mundo o en Europa, la investigación se dirige cada vez más hacia la mujer como actor social. Y cuando resaltamos el papel activo de la mujer, cabe también preguntarnos cómo está cambiando la identidad de género. Ya no estamos tan seguros de la dicotomía clásica, en que lo masculino represente participación activa en la vida pública y lo femenino se asocie con la conservación pasiva del ámbito privado.

DIVISIONES ESPACIALES Y REDES SOCIALES

Hay dos conceptos más que merecen una mención especial en el contexto de la geografía feminista: espacio y red social. En uno de sus artículos, Droogleever Fortuyn (1990) plantea que no hay división de trabajo tan rígida como la de género. Lo mismo podemos decir respecto a sus implicaciones espaciales. En la vida cotidiana, la movilidad de la mujer es menor que la del hombre, y por ello su orientación es más local. La poca movilidad femenina se manifiesta en el mundo occidental por ejemplo en un menor número de kilómetros en automóvil por año y en un restringido acceso al coche propio. En el llamado Tercer Mundo encontramos ejemplos de la movilidad diferenciada por género cuando estudiamos los movimientos de migración. Y en general podemos constatar que la mujer se encuentra más recluida en la esfera privada que

el hombre, y a la inversa cuando se trata de la esfera pública. La dimensión espacial es importante para definir los conceptos de «privado» y «público», y a la vez es un elemento clave para demostrar que detrás de estos conceptos se esconden relaciones de dominación patriarcal: a la mujer, mucho más que al hombre, se le imponen restricciones para moverse fuera del ámbito doméstico (Karsten, 1990).

El espacio debe entenderse en forma dialéctica: el hábitat urbano, por ejemplo, es una construcción social que refleja la estructura de poder de la sociedad articulando clase y género. Pero a la vez ejerce influencia sobre ese orden social, literalmente petrificándolo, obstaculizando la generación de nuevas divisiones de trabajo que permitieran modificar la correlación de fuerzas existente. La planificación urbana o regional gira en torno al concepto sectorial; raras veces parte de la práctica humana en la vida cotidiana. La contradicción entre la cotidianeidad femenina y el hábitat urbano está agudizándose; mientras que la participación de la mujer en el trabajo asalariado y en la recreación va creciendo, la separación de funciones sigue reflejando la ideología de la domesticidad. Con la creciente segregación aumentan las distancias, el déficit en transporte público y la inseguridad social, conocidos obstáculos todos ellos para la participación de la mujer en el espacio público (Vaiou & Hadjimichalis, 1987; Hajonides et al., 1987).

Por otro lado, no podemos quedarnos solamente en las dimensiones opresivas y restrictivas del espacio con respecto a las relaciones de género. El espacio también puede ser base de poder e identidad femenina. En algunas sociedades encontramos una segregación espacial muy estricta con territorios específicos asignados a mujeres y hombres. En otros contextos la mujer ha tenido que conquistar su espacio propio, una «habitación propia», una comuna o un centro de la mujer. En el mundo occidental se crearon múltiples espacios propios de la mujer en el curso de los años setenta, inicialmente como sitios de encuentro y de coordinación de lucha; luego, bajo influencia de nuevas corrientes, también como centros de capacitación profesional. Hoy en día, aprender a bailar tango o convertirte en alta ejecutiva empresarial son propósitos que caben sin problema en la amplia gama de posibilidades para desarrollar un espacio propio (Hierlihy, 1990). En los países del llamado Tercer Mundo, la red social reviste otros matices. La solidaridad y la ayuda recíproca entre mujeres vecinas constituyen la espina dorsal de las estrategias de supervivencia basadas en la territorialidad de las comunidades urbanas (Meertens, 1987; Plantenga, 1987). Ejemplo de ello son los comedores populares en Perú y otros países andinos, muchas veces creados por las mujeres mismas para mejorar el nivel de vida de ellas y de sus familias (Wesemael-Smit, 1989). Y aun-

que aparentemente esa actividad no sale del estrecho marco de la domesticidad, termina afectando las relaciones de género: el espacio de la cocina va evolucionando, de base de servilidad individual a base de organización femenina (Lenten, 1990). Así podemos continuar con una interminable lista de iniciativas de mujeres que delimitan su espacio como base constituyente y afirmativa de su identidad. El espacio desborda entonces su marco geográfico y se convierte en un concepto que remite a las nociones de autonomía e identidad, y también a las prácticas sociales concomitantes en que problemas individuales son llevados al plano colectivo y público y, por lo tanto, al de la responsabilidad civil. En los estudios de género en la Geografía Humana, tratamos de integrar tanto los procesos histórico-estructurales en que se enmarca la vida de la mujer como las prácticas cotidianas con que la mujer, creadora de nuevos espacios, desempeña su papel de agente de cambio social.

La creciente importancia dada al papel activo de la mujer se refleja también en la actual popularidad del concepto –en sí ya viejo– de red social en la geografía feminista. La red social nos brinda un instrumento de análisis para captar las relaciones sociales informales en que participa la mujer, y nos permite desenmascarar la rígida separación entre lo público y lo privado, como construcción ideológica más que como práctica cotidiana (Bott, 1957; Genovese, 1981).

La mujer que participa en una red social se enfrenta con más firmeza a los problemas de la vida diaria, porque encuentra apoyo y solidaridad recíproca en la lucha de supervivencia económica o en la rebeldía contra la restricción de su movilidad laboral o recreativa. Vemos que también aquí nos inspira la cuestión de la capacidad generadora de cambio, presente en la mujer misma. Las redes sociales funcionan como protección contra los riesgos de la pequeña empresa económica y como contención de la ilimitada incertidumbre que acompaña la vida en zonas urbanas marginadas; pero ante todo funcionan como vehículo de apertura hacia el «mundo mayor». Al traspasar los confines domésticos, la red social promueve la ruptura del aislamiento y fortalece la búsqueda consciente de una nueva identidad de mujer y ciudadana.

El re-descubrimiento del concepto de red social tiene también importancia en tanto que intenta superar la tendencia al reduccionismo económico en los análisis de estrategias de supervivencia y en tanto que introduce un nivel intermedio entre el micro-análisis y el macro-análisis. En otro sentido representa una reacción a la escuela estructuralista ortodoxa que interpreta las relaciones humanas a la luz de procesos históricos determinantes y, simultáneamente, pretende superar las limitaciones del enfoque voluntarista cuyo objeto está limitado al individuo o a la unidad doméstica.

CUESTIONES METODOLÓGICAS

Los primeros años de los estudios de la mujer se caracterizaron por un intenso debate sobre la metodología «correcta» en la investigación feminista. En el momento actual, las opiniones encontradas cedieron, no ante un consenso o la imposición de un solo modelo, sino ante cierta aceptación de la diversidad existente. Pero, si bien no parece haber una exclusiva metodología feminista, podríamos señalar, no obstante, tendencias convergentes en torno al escrutinio crítico de la utilidad de los métodos y enfoques tradicionales de investigación.

Nos referimos en primer lugar a la cuestión de la objetividad de los Estudios de la Mujer. El compromiso con la liberación femenina, ¿interfiere con la objetividad de la investigación? Y aún antes que esta pregunta podemos formular esta otra: ¿cuándo podemos hablar de objetividad en general? Se ha cuestionado la llamada objetividad de la investigación orientada por el positivismo, y en lugar de ella se prefiere la noción de intersubjetividad (Mies, 1983; Schrijvers, 1989). El investigador no es visto como el observador objetivo, ajeno a lo investigado, sino como un actor incorporado al escenario. Investigadas e investigadoras se relacionan en una interacción dialéctica en que la comunicación nunca es unilateral, y cuya esencia radica en la mutua exploración tanto de los intereses comunes de mujer como de las posibles desigualdades de poder. En este enfoque metodológico, la investigación genera un proceso de concienciación durante el cual ambas partes influyen mutuamente en la concepción de la realidad.

Este aspecto de ejercer influencia nos lleva a una segunda cuestión metodológica. Se trata de la dirección que toma la influencia ejercida. ¿Se estructura la investigación todavía según las prioridades del movimiento feminista, como ocurrió cuando éste estuvo en el inicio de los estudios de la mujer? ¿Se invirtieron los papeles? ¿O las investigadoras de hoy en día mantienen su independencia? La respuesta parece ser que las posiciones varían desde el compromiso activo que «rinde cuentas» al movimiento, hasta una relación más indirecta en que las ideas políticas del movimiento sirven de fuente de inspiración para las investigadoras.

Una tercera cuestión conceptual se refiere al interés de promover la experiencia femenina como una categoría analítica válida. ¿Cómo incorporarla en los esquemas conceptuales existentes? No resultó fácil, e incluso ha obligado a que en las ciencias humanas «tradicionales» se reelaboraran ciertos conceptos. En primer lugar, como ya vimos, el de trabajo.

No basta especificar las formas de trabajo remunerado (formal, informal,

producción casera, etc.), sino que además hay que articularlas a las diferentes modalidades del trabajo no-remunerado, de reproducción biológica y social. La amplitud y complejidad del concepto de trabajo, más allá de la relación salarial, ha obtenido hoy en día el reconocimiento de los especialistas en la materia» (Pahl, 1984).

También los debates en torno a conceptos como lo privado y lo público, la unidad doméstica, recreación y tiempo libre o la feminización de la pobreza apuntan a una búsqueda de nuevos contenidos. Algunas veces se requiere también un término nuevo, como el concepto de «seguridad ciudadana» (en oposición a la agresión masculina en la calle) que nació en el seno de los Estudios de la Mujer y fue rápidamente incorporado en el vocabulario de geógrafos, planificadores y políticos.

El cuarto punto metodológico que recoge las inquietudes feministas es el actual énfasis en la combinación de métodos de investigación. Si inicialmente el enfrentamiento con la ciencia «masculina», positivista y cuantitativa, provocó un giro casi absoluto hacia el método «blando», cualitativo y subjetivo (Brunt, 1977), ahora el péndulo ha vuelto en búsqueda de un equilibrio. La combinación de métodos permite indagar por vía cualitativa en la experiencia e interpretación femenina de los procesos de cambio social—digamos del hábitat, o de la estructura agraria—sin descuidar el cálculo cuantitativo que nos indique la magnitud de los fenómenos estudiados.

Por último, debemos mencionar la cuestión del enfoque interdisciplinario y comparativo. Los estudios de la mujer nunca se dejaron moldear completamente según los planteamientos de una u otra disciplina (Bowles & Duelli Klein, 1983). La investigación en el terreno del género es de tal complejidad que un enfoque interdisciplinario o una articulación de distintos aspectos y temáticas aumenta enormemente los aciertos de la interpretación.

Igualmente, la comparación de estudios de género en distintos contextos históricos, geográficos y sociales (por ejemplo, de clase) nos muestra cómo feminidad y masculinidad son construcciones sociales, y nos ayuda a captar los diversos elementos que la componen. El ama de casa recluida en el ámbito doméstico es un fenómeno occidental que se intensificó y se expandió con la Revolución Industrial. En cambio, en muchas sociedades del llamado Tercer Mundo, buena parte del trabajo doméstico se realiza en lugares públicos—recuérdense, por ejemplo, el lavado de ropas en el río o en la pila común—. Así mismo, en la clase obrera holandesa, los hombres solían (y quizás todavía suelen) ufanarse de que sus esposas no necesitan trabajar fuera de casa, mientras que en las clases media y alta están de acuerdo con una carrera profesional de la mujer casada. La variabilidad en la construcción social de género

y en la manera en que estas variaciones se articulan con el fenómeno de la subordinación, merecen un esfuerzo coordinado desde diferentes ángulos.

PERSPECTIVAS HACIA EL FUTURO

Para concluir queremos señalar algunas tendencias que apuntan hacia el futuro de los estudios de género en geografía.

Una primera tendencia se refleja en la entusiasta asistencia de geógrafas y geógrafos a nuestro «Erasmus Intensive Course on Geography and Gender», que se ha realizado, primero en 1990, en Amsterdam y por segunda vez, en 1991, en Durham, Inglaterra. Éstos y el buen número de referencias bibliográficas que pudimos incluir en este artículo remiten al interés creciente por los estudios de género en la geografía, a pesar de que no contemos con un estatus alto en la comunidad científica establecida.

Una segunda y muy importante tendencia, de índole conceptual y que recoge las «convergencias» aquí revisadas, la representa la incorporación del concepto de género. Al enfocar las relaciones entre mujer y hombre desde el ángulo de la construcción social, es decir, como transformación de las diferencias de sexo en una categoría social, nos encontramos necesariamente con la especificidad histórica y geográfica de estas relaciones. Y es en esta aproximación histórica y contextual que se conectan los estudios de género con los conceptos centrales de la geografía. Estamos en una época en que las grandes teorías universales —en que se esperaba encontrar la respuesta a la cuestión femenina— son abandonadas por el análisis de lo histórico-específico y lo contextual, por la construcción —y la de-construcción— de género. La investigación geográfica constituye un aporte intrínseco a este nuevo enfoque.

Sin embargo, no quiere decir lo anterior que la geografía feminista se perdiera en un mar de información sobre lo infinitamente variable. La diversidad de identidades de género no es interminable y mucho menos lograda por casualidad. En efecto, identidades femeninas y masculinas se construyen en una relación dialéctica que también se inscribe en la estructura de poder vigente. El poder y la subordinación no sólo constituyen el eje en torno al cual se desenvuelven las relaciones de género, sino que también —y por consiguiente!— entran a jugar un papel en la formación de identidades de género.

Debemos ser conscientes, a la vez, de que la subordinación no es una relación monolítica e invariable. Entre los procesos mayores de cambio social y económico y las identidades de género existe una relación dialéctica, tanto a

nivel estructural como en la práctica cotidiana, en que mujeres y hombres «negocian» sus áreas de influencia. En este artículo hemos querido señalar la continua evolución de la construcción de género en el proceso de interacción de actores individuales y estructuras sociales. La articulación de los diferentes niveles de análisis representa, a nuestro modo de ver, la dirección en que los estudios de género se desarrollarán con mayor éxito.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUD, I., J. DROOGLEEVER FORTUYN, L. KARSTEN, D. MEERTENS (eds.) (1990), *Geography & Gender* (reader), Amsterdam: Department of Human Geography.
- BENERÍA, L. & G. SEN (1981), «Accumulation, Reproduction and Women's Role in Economic Development: Boserup Revisited», *Signs*, vol. 7, p. 279-298.
- BENERÍA, L. & M. ROLDÁN (1987), *The Crossroads of Class and Gender*. Chicago/London: The University of Chicago Press.
- BOTT, E. (1957), *Family and Social Network*. London: Tavistock Publications.
- BOWLES, G. & R. DUELLI KLEIN (1983), *Theories of Women's Studies*. London: Routledge & Kegan Paul.
- BRUNT, E. (1977), «Vrouwelijke waarden en zachte methoden», en Brunt, L. (ed.), *Anders bekeken: wet en werkelijkheid in sociaal onderzoek*. Meppel: Boom, p. 33-52.
- DROOGLEEVER FORTUYN, J. (1990), «Verzorgingsarrangementen van tweeverdieners», *Geografisch Tijdschrift Nwe Reeks XXV*, 1:13-21.
- FOORD, J. & N. GREGSON (1986), «Patriarchy: towards a reconceptualisation», *Antipode*, p. 186-210.
- GARCÍA-RAMÓN, M.D. & G. CANOVES (1988), «The Role of Women on the Family Farm; the Case of Catalonia», *Sociologia Ruralis*, vol. XXVIII-4, p. 263-270.
- GENOVESE, R. (1981), «A women's self help network as a response to service needs in the suburbs», en Stimpson, C. (ed.), *Women in the American City*, Chicago: University of Chicago Press, p. 245-254.
- HAJONIDES, T. & H. HEESMANS, G. KRIJNEN, A. LODDER, L. SCHOLTEN (1987), *Buiten Gewoon Veilig*, Rotterdam: Stichting Vrouwen Bouwen Wonen.
- HIERLIHY, D. (1990), *Amsterdam's Womens Centres, A study of community based organisation for women*. Amsterdam: Instituut voor Sociale Geografie, UvA.
- KARSTEN, L. (1990), «Sociaal ruimtelijke vrouwenstudies, een systematische bibliografie», *Amsterdamse Sociaal-Geografische Studies*, 28, Amsterdam: Instituut voor Sociale Geografie, UvA.
- KARSTEN, L. (1990), «Vrij uit? De vrijetijdsbesteding van vrouwen buitenshuis», *Geografisch Tijdschrift Nwe Reeks XXV*, 1:3-12.
- LENTEN, R. (1990), «Mujeres y Comedores en Arequipa, Perú: Organizándose y reorganizando su trabajo», *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 48. Amsterdam, CEDLA.
- MAAS-DROOGLEEVER FORTUYN, J. (1984), «Vrouwenemancipatie en de werkwijze in het planologisch onderzoek», *Ruimte beperkend of bevrijdend?* Den Haag: Provincie Zuid-Holland, p. 43-50.

- McDOWELL, L. (1986), «Beyond Patriarchy: a class based explanation of women's subordination», *Antipode*, vol. 18, p. 311-321.
- MEERTENS, D.J. (1987), «Mujer y Vivienda en un Barrio de Invasión», *Revista Foro*, 4, Bogotá.
- MEERTENS, D.J. (1988), «Mujer y Colonización en el Guaviare (Colombia)», *Colombia Amazónica*, 3,2:21-56.
- MIES, M. (1982), «Towards a methodology for feminist research», *Theories of Women's Studies*. Bowles, G. & R. Duelli Klein (eds.), p. 117-141.
- MOMSEN, J. & J. TOWNSEND (eds.) (1987), *Geography of Gender in the Third World*. New York: State University of New York Press.
- OAKLEY, A. (1974/1985), *The Sociology of Housework*. Oxford: Brasil Blackwell.
- PAHL, R.E. (1984), *Divisions of Labour*. Oxford: Blackwell.
- PLANTENGA, D. (1987), «De stad en haar volksbuurten», en Muller, M. & D. Plantenga (red.), *Volkswijk, woning en werkplaats*. Amsterdam: Koninklijk Instituut voor de Tropen, p. 81-103.
- PLANTENGA, D. & M. MULLER, (1990), Women and Habitat», *Bulletin Royal Tropical Institute*.
- SAEGER, J. & A. OLSON (1986), *Women in the World: an international atlas*. New York: Pluto Press.
- SCHRIJVERS, J. (1989), «Dialectics of dialogical ideal», *Kennis en Methode*, p. 344-361.
- STOLCKE, V. (1986), *Cafecultura, Homens, Mulheres e Capital (1850-1980)*, São Paulo, Editora Brasiliensis.
- VAIOU, D. & C. HADJIMICHALIS (1987), «Changing patterns of uneven regional development and forms of social reproduction in Greece», *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 5, p. 319-333.
- VROUWENOVERLEG, SOCIALE GEOGRAFIE (1978), *Vrouwenstudies & Sociale Geografie*. Amsterdam: Instituut voor Sociale Geografie, UvA.
- WESEMAEL-SMIT, L. (1989), «Women's role in creating the human habitat», en Heyink Leestemaker, J. et al. (eds.), *Geography in Development: Feminist perspectives on Development Geography*, Amsterdam: Instituut voor Sociale Geographie.
- WOMEN AND GEOGRAPHY STUDY GROUP (1984), *Geography and Gender*. London: Hutchinson.
- WILSON, F. (1985), «Women and Agricultural Change in Latin America: Some concepts guiding research», *World Development*, 13, n. 9, 1017-1035.